

La Guerra Civil no se olvida. Ni se supera

PEDRO OLIVER OLMO

PROFESOR DE HISTORIA CONTEMPORÁNEA EN LA UCLM

Nunca antes se había sufrido en España una guerra tan embrutecedora como la de 1936, la más 'civil' de todas nuestras guerras civiles si tenemos en cuenta que, aunque hubo frentes de guerra y ejércitos luchando en los campos de batalla, fue en la retaguardia donde el conflicto se hizo más encarnizado. No creo que podamos olvidarla nunca. Aquella gran tragedia española se representa una y otra vez en nuestro imaginario colectivo, entre el dolor y la ignorancia. Ese es nuestro problema de hoy en relación a un pasado tan traumático, el que Franco no nos dejó ni siquiera plantear, y el que la democracia ni ha querido ni ha sabido afrontar. Nunca olvidaremos la guerra porque el dolor que causó fue inmenso. El dolor, además de seguir en carne viva, hirviendo el recuerdo de los hijos y los nietos de las víctimas, se reproduce y reconstruye de forma recurrente por empatía o simpatía ideológica. Y si es imposible olvidarla, tampoco podremos superar la división que proyecta su recuerdo, porque se ha tardado demasiado en no abordarlo de forma integral e integradora, es decir, no tanto como una materia historiográfica (con sus retos metodológicos y sus enfoques plurales), sino como un problema de memorias enfrentadas (con sus retos políticos y socioculturales).

No pocos han dicho que desde el año 2000 corren buenos tiempos para la causa de la 'memoria histórica', porque por fin ha empezado a ser dinamizada por los nietos de las víctimas. Eso es solo mínimamente cierto, pues en gran medida se trata de un espejismo político y cultural. No son hechos aislados los aplausos de los diputados del PP y el PSOE a la maniobra evasiva de José Bono cuando en julio de 2011 se solicitó que el Congreso de los Diputados condenara el golpe militar del 18 de julio de 1936. Y tampoco se sienten bichos raros los alcaldes, los obispos y los clérigos o los jueces que hacen oídos sordos a los dictados de la Ley de Memoria Histórica. Están conectados con sentimientos sociales que no son en absoluto minoritarios, y lo saben.

Hay más gente que abraza la causa de la 'memoria histórica', es verdad. Pero son mayoría quienes piensan que esas cosas de 'las fosas de Franco' no son más que una moda política fastidiosa y pasajera, en principio reactiva frente al Gobierno Aznar y el revisionismo de Pío Moa, y después acogida y promovida por los gobiernos de Zapatero para crear divisiones que le sean rentables. Sacudámonos los ojos ante el espejismo de la eclosión del Movimiento por la Recuperación de la Memoria Histórica, con sus cientos de iniciativas e investigaciones serias y documentadas. Miremos por doquier



:: JESÚS FERRERO

y veremos un sinfín de agencias institucionales, culturales, mediáticas y académicas que se muestran total o parcialmente contrarias a la noción misma de 'memoria histórica' (y no porque el concepto no merezca un buen rapapolvo analítico, que también). Es verdad que para mucha gente no es este un problema central de la sociedad española del siglo XXI. Y nadie quiere que lo sea. Pero tampoco es de recibo aceptar acriticamente la genealogía de tanta hostilidad, recelo o displicencia. Hay muchas personas mayores que sobre la guerra no habían recibido nada más que una remembranza sesgada y manipulada por los vencedores. Y otra mucha gente ha vivido un período democrático en el que ni se ha enseñado en profundidad ni mucho menos críticamente. Dentro y fuera de la escuela, casi todas las generaciones vivas han socializado su conocimiento de la Guerra Civil en un marco cultural poderoso que se resiste a ser socialmente contrastado y desmitificado: el de la 'guerra fratricida', aireado por el propio franquismo desde los años 60, el que sigue primando el rechazo de su recuerdo so pretexto de no provocar fisuras innecesarias en la convivencia.

Por eso hay muchos que aún hoy no conocen el trasfondo histórico de la Guerra Civil. Y por eso mismo todavía no está mal visto el hecho de que no lo quieran conocer. No les

resultaría cómodo conocerlo. Su ignorancia (envuelta de tópicos y lugares comunes que la historiografía especializada ha pulverizado) les ayuda a no asumir moralmente que su actitud pueda parecer injusta e incluso cruel a quienes aún no han podido cerrar con dignidad el duelo por los fusilamientos o las desapariciones de sus familiares. ¿Cómo se va a respetar en este país el pesar político de quienes sienten en el alma la desaparición de una cultura de izquierda o libertaria o republicana, ahogada en sangre, enviada al exilio y obligada a languidecer mientras transcurrían los interminables 40 años de la dictadura? La guerra no podrá ser nunca echada al olvido mientras siga tan presente y tan ignorada a la vez. Esa mezcla contradictoria nos condena y nos seguirá condenando.

También es verdad que no todo es ignorancia. Hay gente bien informada que no cree ni interesante ni edificante tratar nuestra guerra como un problema del presente, no solo como historia pasada, sino como experiencia colectiva y fuente de enseñanzas. No como algo muerto, sino como un hecho histórico todavía vivo. No como asunto propio y exclusivo de historiadores, sino como cuestión ciudadana que afecta, efectivamente, a la convivencia, porque sigue reflejándose en las posiciones ideológicas, porque seguirá creando una y mil polémicas y tensiones, y porque quedan reclamaciones pendientes. La jerarquía católica, el PP, Unió de Catalunya y otros partidos de centro y de derecha, con sus correlatos mediáticos y editoriales, seguirán negando el presente de aquel pasado. ¿Y acaso no es eso un 'frente' de herederos ideológicos del bando sublevado contra la República? En cualquier caso, eso no demuestra que la Guerra Civil sea cosa del pasado. Todo lo contrario. Forma parte del juego de representaciones que sigue produciendo nuestra gran tragedia histórica, y así, además de no poder olvidarla nunca, tampoco podremos superar su legado más traumático y sus ecos políticos más frentistas.

ANTÓN



CARTAS AL DIRECTOR

Berzotas

Fueron casi ochenta días los que permanecieron los indignados en la Puerta del Sol. En ese tiempo desconozco lo que se hizo para conseguir que dicha plaza fuera recuperada para los peatones, intentando hacer esto compatible con la reivindicación de un colectivo muy activo dentro de nuestra sociedad. Me pregunto qué se hizo en esos ochenta días para intentar evitar lo que está sucediendo ahora. Porque desalojar una plaza y cerrarla a cal y canto no es solucionar 'este problema', sino que me suena más bien a aquello de 'vamos a talar el bosque para evitar incendios forestales'. Me parece de una absoluta incompetencia pretender dar una imagen de eficacia cercando el centro de Madrid, con un despilfarro de medios descrebrado en el que la guinda es un helicóptero que sobrevuela el centro de Madrid sin horario ni criterio, robando el sueño a miles de vecinos entre los que me encuentro... y todo porque los responsables de todo esto no tuvieron tiempo durante ochenta días de buscar una solución verdadera, han preferido resolverlo todo al más puro estilo de Mortadelo y Filemón. Con todos mis respetos, señor Ibáñez.

:: IGNACIO CABALLERO BOTICA. MADRID

Alcaldes

El alcalde de un municipio de cuyo nombre no quiero acordarme, ha pedido a sus vecinos que adelanten el pago de determinado impuesto para poder hacer frente a las nóminas. Hay que tener mucho 'morro', o estar en lo profundo de la higuera, para pedir para una nómina en la que se incluyen enchufados, amiguets de confianza y otros parásitos, que son precisamente los que han hecho el agujero.

Este tipo de ayuntamientos ha multiplicado por 20 o 30 el número de edificios de la localidad, ha arrasado campos, montes, valles y playas llenándolos de ladrillos, e ingresado ingentes cantidades de dinero en las arcas municipales, de las que buena parte se ha distribuido entre amiguets, los cuales han «agradecido» ampliamente a estos politiquillos su generosidad. ¿Cómo es posible que después de esos ingresos, y a cambio de poner solo jardines, muchos jardines, no quede ni una lata?

Decía mi catecismo que para que sean perdonados los pecados había que hacer: examen de conciencia, contrición de corazón, propósito de enmienda, confesión de boca y satisfacción de obra. Y esta gente cilla lo interpreta: Examen de conciencia: «Somos conscientes de que el ladrillo se ha acabado y hay que buscar otro filón». Contrición de corazón: «Nos duele enormemente que se haya muerto la gallina de los huevos de oro». Propósito de enmienda: «Prometo no seguir en el ladrillo, hay que buscar otro invento».

Confesión de boca: «Vamos a decir que nos solidarizamos con el 15M». Satisfacción de obra: «Vamos a bajar el sueldo a los funcionarios para dar ejemplo».

Sin embargo, lo que tenían que hacer es: tomar conciencia de que han arruinado a su pueblo y, por tanto, son unos delincuentes. Explicar por qué se ha llegado a esta situación y qué medidas se han tomado para que no vuelva a ocurrir. Despedir a toda clase de amiguets y parásitos. Dimi-tir. Devolver lo que no es suyo; ellos y todos sus amiguets.

¿Alguien cree posible que algo parecido suceda alguna vez en algún sitio? Me avisen, por favor...

ANÍBAL HERRERO MTZ. DE NANCLARES. GETXO-BIZKAIA

España, de la sartén al fuego

En mayo del 2010, en vez de dimitir, Zapatero traicionó a sus votantes con unos ajustes «para salvar España», aunque sabía, y dijo, que le iba a costar muy caro a él y a su partido; yo no se lo perdono, pero quizá pudo creerlo necesario. Mucho peor aún, en estos gravísimos momentos, vemos a los dirigentes del PP agitando las deudas -verdaderas o falsas- de las autonomías no gobernadas por su partido y exigiendo a gritos un nuevo adelanto de las elecciones, aumentando la desconfianza hacia nuestro país y traicionando así a toda España, por sus ansias de poder. ¡Pobre España, abocada a caer de la sartén al fuego!

ALFREDO DÍAZ DELGADO. MADRID